

Grupo 15: Juventud y trabajo

El trabajo juvenil en emprendimientos sociales productivos del Área Reconquista: ¿continuidades o rupturas en las experiencias laborales de jóvenes en situación de pobreza?

Ada Cora Freytes Frey

Centro de Estudios e Investigaciones Laborales (CEIL-PIETTE), Saavedra 15 - 4º Piso Facultad de Ciencias Sociales, Universidad del Salvador, Hipólito Yrigoyen 2444.
afreytes@sion.com

1. Introducción:

A partir de 2003, en nuestro país se advierte una reconfiguración de las políticas sociales destinadas a la población en situación de pobreza, con nuevos énfasis en el apoyo a las familias, en la incidencia territorial y en el desarrollo de proyectos productivos de distinta índole, que apuntan a un modelo de inclusión fundado en el trabajo. Las líneas de acción en el marco de este “enfoque productivo” son variadas: desde los emprendimientos socioproductivos del Plan “Manos a la Obra” hasta la organización de cooperativas para la ejecución de obras de infraestructura local del más reciente Programa “Ingreso Social con Trabajo”, pasando por cooperativas de vivienda, proyectos asociativos ligados al reciclado de residuos, medidas orientadas a incrementar la formalidad y sustentabilidad de los emprendimientos (como el Monotributo Social), etc..

Una característica importante de estas iniciativas es su fuerte impronta territorial, que asigna un papel protagónico a los actores locales en su implementación: no sólo a los municipios, sino también a las organizaciones sociales.

En este contexto, la presente ponencia busca explorar la experiencia laboral de jóvenes –varones y mujeres- que participan en este tipo de emprendimientos en el Área Reconquista, un conjunto de asentamientos ubicados en los alrededores del mayor relleno sanitario de la ciudad de Buenos Aires. Se trata de jóvenes en situación de pobreza extrema, que experimentan especiales problemas de inserción laboral y precarización. Dos aspectos guiarán nuestra indagación:

- En primer lugar, el análisis de las relaciones que estos jóvenes establecen con las políticas públicas y sus intermediarios territoriales, para explorar el papel que estos dispositivos juegan en la inserción laboral juvenil.
- En segundo lugar, el significado subjetivo para estos/as jóvenes del trabajo en los emprendimientos: en qué medida advertimos una continuidad con las experiencias previas, o bien se producen rupturas y generación de nuevos sentidos y horizontes de posibilidad.

Los resultados presentados se basan en una investigación cualitativa realizada en el “Área Reconquista” la cual ha apelado, como técnicas de recolección de información, a entrevistas en profundidad a jóvenes (de entre 18 y 25 años) y a referentes barriales, a la observación participante –en reuniones públicas, un Centro Comunitario, una planta de selección y clasificación de residuos, casas de familia y las calles de los asentamientos-, y a talleres participativos en uno de los emprendimientos.

En lo que sigue, indagaremos inicialmente acerca de las trayectorias laborales de los/as jóvenes del Área Reconquista, discutiendo sus problemas de inserción en el mercado laboral y los condicionantes que los generan. En segundo término, presentaremos la organización comunitaria con la que hemos trabajado y el tipo de emprendimientos desarrollados, examinando posteriormente las relaciones que los/as jóvenes trabajadores han construido con dicha organización. Finalmente, en el último apartado, analizaremos la experiencia laboral de los/as jóvenes en los emprendimientos, indagando las continuidades y rupturas con las vivencias previas.

2. Inserciones laborales precarias en un contexto de segregación socio-territorial

Uno de nuestros ejes de indagación ha sido la trayectoria laboral de estos/as jóvenes, previa a su participación en el emprendimiento social, prestando especial atención a las vivencias y aprendizajes construidos. En todos los casos se observan itinerarios caracterizados por una alta rotación, en los que se alternan actividades informales de obtención de ingresos y empleos precarios temporales con baja remuneración.

La situación de pobreza de las familias y las características particulares del contexto socio-territorial en que estos/as jóvenes se desenvuelven condicionan fuertemente sus inserciones laborales. Por un lado, las redes de familiares y conocidos aparecen como el único medio que facilita el acceso al empleo. Pero en un contexto de segregación territorial y pobreza, estas redes presentan un fuerte carácter local y no permiten el acceso al empleo de calidad, reproduciéndose condiciones de informalidad e inestabilidad laboral. Por el otro lado, la ubicación de los asentamientos alrededor del relleno sanitario Norte III hace que la recolección irregular de residuos en dicho predio para su posterior comercialización resulte, para los/as jóvenes, una oportunidad de obtención de ingresos relativamente “a la mano”, que compite, se alterna o complementa con empleos temporarios. También en este caso, la participación en tareas de selección y recolección de residuos es favorecida por las vinculaciones locales, ya que los/as jóvenes suelen empezar a “ir al relleno” con amigos o familiares que les enseñan cómo desenvolverse en ese ambiente hostil¹.

Sobre el trasfondo de este contexto estructural, se advierten no obstante diferencias entre las trayectorias de los/as jóvenes con los que trabajamos, ligadas por un lado a una marcada persistencia de modelos de género tradicionales, que consagra una división sexual del trabajo entre varones y mujeres, y por el otro al lugar que ocupan los/as jóvenes en las estrategias de ingresos de los hogares. En efecto, si la obtención de ingresos es naturalizada como una responsabilidad “propia de los varones”, no ocurre lo mismo con las mujeres, que presentan experiencias muy variadas con respecto al trabajo extradoméstico. Por el contrario, lo que aparece como “propio de las mujeres” en todas nuestras entrevistadas es el trabajo reproductivo, el cual es asumido como una obligación. En la misma línea, las responsabilidades en términos de aportes a las estrategias de supervivencia del hogar varían según las condiciones estructurales de dichos hogares y el lugar que ocupan los hijos (sobre

¹ La selección y recuperación de residuos en el relleno sanitario no sólo es una actividad altamente insalubre, sino también peligrosa. El ingreso al predio está custodiado por personal de seguridad, que históricamente ha tenido enfrentamientos con los que ingresan a él, existiendo incluso personas desaparecidas en el relleno. Los jóvenes más grandes entrevistados (entre 20 y 25 años) nos explicaban que cuando comenzaron a entrar al relleno lo hacían clandestinamente, muchas veces al atardecer o de noche, en ocasiones ocultos en los camiones, para evitar ser expulsados. En la actualidad, se ha llegado a un arreglo con cierto grado de institucionalización, por el cual los guardias permiten la entrada al relleno durante una hora por día. Pero esto supone la necesidad de maximizar lo recolectado en un período muy corto, en el cual además hay que llegar hasta el relleno propiamente dicho.

todo, varones) dentro de la descendencia, con pesadas cargas de responsabilidad en los hijos mayores.

Así, entre los varones, encontramos tres tipos de trayectorias diferenciadas. En primer lugar, jóvenes que han empezado a participar de actividades que les permiten aportar un ingreso a su hogar desde muy pequeños (10, 11, 12 años). Son jóvenes que viven en hogares muy pobres, generalmente con una estructura matrilineal², en los cuales el aporte de alguno o algunos de los hijos varones complementa el de la madre. En este contexto, la contribución económica al hogar de estos jóvenes resulta central en las estrategias de vida de sus familias. De hecho, ellos mismos se presentan como “proveedores”, inicialmente de su familia de origen, posteriormente de la que van formando.

Pero mi vieja siempre laburó para ayudarnos, todo, y yo... nosotros siempre que pudimos... Yo desde que empecé a trabajar... yo laburaba de chico. Desde los doce laburaba en verdulerías, zapaterías... en todos lados. (...) Una porque... era amigo de los verduleros y... me dio el trabajo ahí. Después me hice amigo de un zapatero y fui a trabajar a una zapatería... Después en una agencia de remis... de recepcionista y así.
 (Ricardo, 25 años)³

Por otra parte, este “trabajo” asumido desde tan temprana edad deriva generalmente en un abandono del sistema educativo sin terminar la escolaridad básica, lo que afecta sus posibilidades de obtención de empleos de mejor calidad a futuro.

Entre las actividades que estos jóvenes realizan para aportar ingresos a su hogar se destaca, la recolección de residuos en el relleno. Para algunos de estos jóvenes, el “cirujeo” adquiere las características de un verdadero “trabajo”, en tanto se desarrolla diariamente, en horarios determinados y da lugar al despliegue de estrategias particulares para mejorar las ganancias obtenidas.

² Este concepto ha sido desarrollado a partir del estudio de familias en el Caribe. Se trata de estructuras familiares donde la prioridad está puesta en los lazos consanguíneos: madre e hijos, hermano y hermana. En cambio, los lazos conyugales aparecen más desdibujados y menos intensos afectivamente. Así, las mujeres en tanto madres son el centro de las relaciones familiares y sociales, convirtiéndose además en la base para la continuidad de la familia (Fonseca, 1987). En nuestro estudio, hemos encontrado que numerosas familias del Área Reconquista presentan esta estructura. Son familias que muestran una gran inestabilidad del hogar a lo largo del tiempo, con cambios periódicos en el grupo conviviente, por separaciones sucesivas. En tal sentido, la figura materna es la que aparece dando continuidad al núcleo familiar, mientras que el componente masculino de la pareja puede ir cambiando.

³ Los nombres consignados son ficticios, a fin de respetar la confidencialidad comprometida con los entrevistados.

Por otra parte, estos jóvenes también acceden temporariamente a empleos precarios, altamente informales y de baja remuneración, que se alternan o complementan con la recolección de residuos. Entre ellos, predominan las actividades que requieren esfuerzo y fuerza física, a veces con riesgo para la salud: tareas de saneamiento en el barrio o en empresas, tareas de carga y descarga en industrias y servicios (mudanzas, Mercado Central), poda y arreglo de plantas, actividades en la construcción. Se trata en general de experiencias de corta duración (meses), tanto por las fluctuaciones en la actividad respectiva, como por las decisiones de los propios jóvenes, que buscan permanentemente oportunidades con mejores remuneraciones y menores riesgos.

Este itinerario laboral va configurando un *habitus* (Bourdieu, 1980) -esquemas de percepción, valoración y acción ligados, en este caso, al trabajo-. Es recurrente la valorización, en el discurso de los jóvenes, del trabajo que requiere fuerza y resistencia física, cualidades ligadas además a valores de virilidad que tienen amplio reconocimiento en la cultura juvenil barrial. Ahora bien, como señala Mauger (2006) este “capital corporal” fuertemente valorizado tradicionalmente en la cultura obrera y en la definición de la identidad masculina tradicional de las clases populares, se encuentra hoy devaluado en el mercado de trabajo, frente a las transformaciones tecnológicas y las nuevas formas de gestión flexible de las empresas. Por otra parte, la inestabilidad de los empleos y la alta rotación conspiran para desarrollar hábitos de disciplina laboral y ritmos sostenidos de trabajo. De ahí que para estos jóvenes no sólo las condiciones objetivas (pobreza, bajo capital social, abandono temprano del sistema educativo) sino también el “habitus” conformado en el contexto de las mismas constituyen fuertes obstáculos a futuro, contribuyendo a la reproducción de la pobreza.

Un segundo grupo de jóvenes varones presenta edades más tardías –pero aún tempranas- de ingreso a este mercado laboral informal y precario (14, 15, 16 años). Los motivos que los llevan a desarrollar estrategias de obtención de ingresos están ligados, en este caso, a tener un dinero propio que les permita solventar los gastos de las salidas. En esta edad, en efecto, los jóvenes empiezan a frecuentar más asiduamente los bailes, y crece la importancia de tener ingresos para poder costear los consumos asociados a esta vida social. El aporte a la economía familiar aparece en un segundo plano, porque a diferencia de los

anteriores, estos jóvenes no tienen un papel importante en las estrategias familiares de vida de sus hogares, sino sólo complementario.

No, la primera vez que trabajé... fue a los catorce años. Yo le había pedido a mi papá que me lleve con él a trabajar de albañil... Como para tener... yo... plata para mí. Y en un tiempo cuando necesitaba un ayudante me llevaba a mí. Y yo trabajaba los fines de semana por la escuela. Y después, bueno, cuando crecí un poco más, me llevaba, yo salía de la escuela y... iba a trabajar con él (Ernesto, 19 años).

Los tipos de empleo al que acceden estos jóvenes no difieren sustancialmente de aquellos a los que acceden los del grupo anterior: actividades ligadas a la construcción (como ayudante de albañil, de pintor, de gasista, de plomero), tareas de carga y descarga, actividades en el comercio minorista local. Asimismo, se trata de empleos temporales, sin beneficios sociales. Las posibilidades de trabajo aparecen invariablemente ligadas al capital social de la familia.

La recolección de residuos en el relleno sanitario como estrategia de obtención de ingresos aparece mucho más desdibujada en estos jóvenes. La mayoría de ellos nunca ha ido a “la quema”; para algunos, en cambio, el relleno constituye un recurso alternativo ante períodos de desempleo o al que se recurre ocasionalmente, para obtener dinero “extra” para algún consumo particular.

No obstante, las mayores diferencias entre este grupo y el anterior tienen que ver con los significados subjetivos que adquiere el trabajo. En este caso, predomina una vinculación instrumental, a diferencia del grupo anterior donde el trabajo era el fundamento de su identidad como “proveedores”. De tal manera, estos jóvenes viven una suerte de “escisión”, entre el mundo laboral y “su propio mundo” –donde tienen peso generalmente las vinculaciones entre pares, aunque no únicamente-, en el cual se invierten las energías y los sueños, escisión que ya ha sido notada por otros trabajos sobre juventud y trabajo (Nicole-Drancourt, 1994; Svampa, 2000).

Las diferencias entre los jóvenes de este grupo se acentúan a medida que van creciendo: la continuidad o el abandono escolar –que se define entre los 15 y 18 años– constituye una divisoria de aguas. Aquellos que abandonan la escuela sin haber completado el nivel de Secundaria Básica o el de Secundaria Superior, perciben un estrechamiento de sus posibilidades de empleo a futuro, asemejándose al grupo anterior. Para otros, la Escuela Secundaria Superior o Polimodal constituye una credencial para el acceso a mejores empleos

(en términos salariales y de condiciones de trabajo), pero esa posibilidad aparece fuertemente condicionada por el capital social de la familia y las posibilidades que brinda cada escuela, en términos de acceso a estrategias más complejas de búsqueda de empleo y a mediaciones institucionales que favorecen la inserción laboral (agencias, programas gubernamentales de inserción). En algunos jóvenes con secundaria completa, el aislamiento familiar condiciona fuertemente la posibilidad de acceso al empleo, de ahí su participación en el tipo de emprendimiento que estamos analizando.

Finalmente, un tercer tipo de trayectoria entre los varones presenta no sólo la alternancia entre el “cirujeo” en el relleno sanitario y empleos precarios y temporales que hemos encontrado en los anteriores, sino que a esto se agrega el robo ocasional, como estrategia de obtención de ingresos.

Porque yo andaba bardeando, iba a robar y todo. Dejé de hacer todo. (...) Después de los quince, a los dieciséis... es más, ya tenía diecisiete años... Ya quería plata, quería plata todos los días... quería plata y... Lo hice una vez y... tenía \$3.000 en mi bolsillo. (...) Y después ya era... así como la garraba a la plata, duraba un día... Tanto si agarraba mil, dos mil... era un día. (...) [En ese momento] Laburaba... tres veces por semana nomás, en el Mercado Central. Después ya me endulcé, me endulcé con eso y... era eso nomás. (...) Lo dejé cuando me junté. Ya iba a cumplir los dieciocho y... Después de los dieciocho también lo hice, pero... ahí ya fue porque yo necesitaba plata y no estaba laburando y... No tenía plata, no tenía nada, estaba sin gas, me estaba quedando sin mercadería y ya... a ella se le estaban rompiendo las zapatillas, y a mí también y...
(Ariel, 19 años)

Esta sucesión de robo y empleos “legales” ya ha sido señalada por Kessler (2004) en su libro sobre el delito “amateur”. La trayectoria laboral de estos jóvenes presenta similitudes con el primer grupo (temprana iniciación en las tareas de recolección en la “quema”, acceso a sucesivos empleos muy poco calificados y mal pagos). El comienzo de la actividad delictiva aparece favorecida por el estilo de sociabilidad juvenil dominante entre los varones de estos barrios: las “bandas” de adolescentes que se reúnen en las esquinas, a hablar, bromear, tomar y eventualmente consumir marihuana u otras drogas. En este contexto, es habitual pasar de estas actividades al “bardo”, vale decir, al robo ocasional en la calle.

Como lo ilustra el relato de Ariel, en la adolescencia, la necesidad de dinero para solventar los consumos asociados a la diversión es un motivo que alimenta este tipo de conducta. Más adelante, cobran importancia otros intereses, relacionados con la posibilidad de

construir proyectos personales y familiares propios. Estos suelen ir acompañados por la intención de “rescatarse”, vale decir, de abandonar el delito.

En tal sentido, el “trabajo” como actividad legal y socialmente reconocida (aún en sus facetas más precarias) constituye una vía necesaria para “rescatarse” y salir de los riesgos y peligros que conlleva la ilegalidad. Sin embargo, como aparece claramente en la cita anterior, las malas condiciones de trabajo, los bajos salarios y los problemas para conseguir empleo son todas circunstancias que conspiran contra esta aspiración, manteniéndose a menudo la alternancia entre empleo precario, recolección en el relleno sanitario y robo.

Pasando ahora a examinar las trayectorias laborales de las jóvenes mujeres, encontramos que presentan aún más diversidad que las de los varones. Si bien es evidente que, en general, las jóvenes son más preservadas de la recolección en el relleno sanitario que los varones, un primer grupo de ellas participa en este tipo de actividades. Se trata de jóvenes que provienen de hogares muy pobres, generalmente con una estructura matrilineal, como hemos señalado en el caso de los varones. Pero en este caso, no hay hermanos mayores que puedan hacerse cargo de las actividades de “provisión”, en conjunto con la madre. En tal sentido, en ciertos períodos del ciclo familiar, el aporte económico al hogar de estas jóvenes resulta fundamental. Dicho aporte se logra a través del “cirujeo” o bien del servicio doméstico dentro del barrio. En ambos casos se trata de actividades temporales, ligadas estrictamente a la supervivencia familiar. No son asumidas, como en el caso de los varones, como una obligación a largo plazo. Tampoco se evidencia un itinerario laboral sostenido.

Este primer grupo contrasta con los demás a partir de la actividad de recolección en el relleno sanitario. En efecto, el resto de las jóvenes mujeres no participan ni han participado nunca de este tipo de tareas⁴. Entre ellas, aparece un nuevo eje de diferenciación: un segundo grupo presenta amplias trayectorias laborales, habiendo comenzado a trabajar tempranamente (14, 15 años). En estos itinerarios se suceden distintos empleos temporarios, en el comercio local (con incursiones en venta callejera y en ferias), en el servicio doméstico y en la producción doméstica para distintas actividades industriales.

⁴ La única excepción a esto es una de nuestras entrevistadas, Elisa, de 25 años. Con una trayectoria laboral bastante extensa, con empleos en distintos comercios desde los 14 años, Elisa participó temporariamente de la recolección en la quema luego de separarse, mudarse y no conseguir empleo durante un tiempo, debiendo hacerse cargo de una niña pequeña.

Hacia pulseras... (...) Porque el marido de la chica trabaja en un taller y él trae para que nosotras hagamos. (...) Yo hice un montón de cosas. (...) Yo antes cuando era chica me iba a vender con mi padrastro. (...) Trabajé vendiendo ropa, en una verdulería... (...) También trabajé en otra feria con el patrón de mi mamá, vendiendo zapatillas. (...) [A mí me gusta vender] porque a mí no me gusta estar quieta, entonces, me busco un trabajo donde no tenga que estar quieta, yo tengo que estar en movimiento. Entonces, ahí yo estaba todo el tiempo en movimiento... Únicamente la hora que se paraba era de la una hasta las cuatro... estaba sentada... entonces, me aburría... pero después ya estaba... (Mariela, 18 años)

En todos los casos, estas experiencias se caracterizan por su corta duración, ligada a la precariedad de los propios empleadores, todos pertenecientes al medio local.

A menudo, estas tempranas experiencias laborales están relacionadas con el abandono escolar. No obstante, algunas retoman posteriormente la escolaridad, advirtiéndose casos donde trabajo y educación se retroalimentan, ya que el primero brinda recursos para sostener la segunda.

En lo que hace a los sentidos que adquiere el trabajo para estas jóvenes, aparece en primer plano cierto carácter instrumental: es un modo de conseguir ingresos para mejorar las condiciones de vida de la familia (propia, o de origen) o para solventar los gastos asociados a las diversiones juveniles. La idea de consumo aparece en primer plano. Sin embargo, el trabajo también aparece asociado a un significado que tiene resonancias identitarias fuertes: la posibilidad de independencia, de autonomía. Este aspecto resulta importante en un contexto cultural donde las desigualdades de género son notorias y donde perdura una imagen de la mujer asociada a la vida familiar y hogareña. Estas jóvenes rompen con estos estereotipos y en esto presentan contrastes fuertes con los otros dos grupos.

En la misma línea, en sus relatos el trabajo aparece asociado a otro significado: el trabajo resulta una posibilidad de salir del “encierro” en la vida doméstica. En tal sentido, se valora la posibilidad de variación y de construcción de relaciones en el trabajo, aspecto que no es resaltado en el discurso de los varones.

Finalmente, identificamos un último grupo de jóvenes mujeres que no han trabajado nunca fuera de su hogar o, en el caso de la más grandes, han comenzado a hacerlo a edades tardías para esta población (18 años). Sus obligaciones, más allá de las ya referidas ligadas al trabajo reproductivo, están volcadas al ámbito educativo. Así, dentro de este grupo encontramos a las jóvenes que presentan las trayectorias educativas más prolongadas, lo que

les permite imaginar un futuro distinto, asociado a empleos más protegidos, como el trabajo docente o profesional. No obstante, algunas de ellas han abandonado la escuela en los primeros años de la Secundaria Superior, comenzando entonces la búsqueda de empleo.

En el caso de este grupo, esta búsqueda se presenta como especialmente dificultosa, dada la falta de familiaridad con el mercado laboral y el prolongado “confinamiento” en la esfera doméstica que han vivido estas jóvenes. En tal sentido, el capital social de las familias sigue teniendo fuerte incidencia en la calidad del empleo que pueden obtener.

Más allá de estas diferencias en las trayectorias laborales de estos jóvenes, encontramos algunas constantes que atraviesan todos los relatos. En primer lugar, se advierte una naturalización extendida de la precariedad, la inestabilidad, el trabajo en negro, la sobreexplotación como aspectos inherentes a las realidades laborales. El horizonte de los derechos laborales aparece totalmente desdibujado entre estos jóvenes, que en su gran mayoría no los experimentaron nunca en su realidad laboral.⁵ Más aún, la mayoría de los padres también tienen empleos precarios, dedicándose principalmente a distintas actividades en el rubro de la construcción, pero sin empleo fijo. Sólo unos pocos son o fueron obreros industriales.

En segundo lugar y en relación a lo anterior, advertimos que los tipos de empleo y las actividades que realizan estos/as jóvenes no contribuyen a la formación de competencias valoradas en el mercado laboral, sino más bien al contrario. La inestabilidad de los empleos y la alta rotación conspiran para desarrollar hábitos de disciplina laboral y ritmos sostenidos de trabajo. Esto se conjuga -si no en todos los casos, en la mayoría- con el abandono escolar antes de terminar la escuela secundaria. Así, la experiencia laboral degradada y la falta de credenciales educativas conspiran contra las posibilidades de acceder a un empleo de calidad a futuro.

En tercer lugar, de las manifestaciones de los jóvenes se desprende una pérdida del sentido colectivo del trabajo. El mismo aparece como una empresa fundamentalmente individual, orientada a satisfacer necesidades propias o del núcleo familiar más cercano. Este es un aspecto ya señalado por otras investigaciones que se preocupaban por los significados

⁵ Son muy pocos los/as jóvenes que mencionan haber trabajado alguna vez en un empleo “en blanco”, con cobertura de salud y aportes jubilatorios. Cuando esto ocurre, a menudo se trata de contratos a prueba, por 3 meses, que no suelen ser renovados.

del trabajo en un contexto de flexibilización y precarización laboral (Díaz, Godoy y Stetcher, 2005; Longo, 2006). Las relaciones en el trabajo, si no son conflictivas, no aparecen como una fuente de interpelaciones identitarias relevantes. El trabajo aparece así como un espacio de individualización, donde los individuos deben desplegar sus propias estrategias de sobrevivencia. Sólo en las mujeres con una trayectoria laboral más larga, hay una valoración del aspecto relacional del trabajo, en tanto apertura del espacio privado del hogar.

3. La organización social comunitaria como generadora de emprendimientos productivos

En nuestro trabajo de campo en el Área Reconquista, hemos trabajado con una organización comunitaria, que llamaremos “21 de septiembre”⁶, que desarrolla diversas líneas de trabajo social en la zona y se presenta como particularmente activa en el desarrollo de emprendimientos productivos, al calor de las políticas públicas de orientación “productivista”.

Esta organización social se conformó durante la toma de tierras y posterior constitución de un asentamiento en terrenos linderos al relleno sanitario, hacia fines de los ‘90. A lo largo de su historia, ha encarado distintas actividades comunitarias y servicios tendientes a afrontar necesidades básicas de los vecinos: comedor y ropero comunitario; biblioteca; talleres de género; talleres de prevención de la salud; atención primaria de la salud; talleres para jóvenes; apoyo escolar y talleres artísticos para niños; etc.. Por otra parte, dado que muchos de los habitantes del barrio recurren a la recolección en el relleno sanitario como estrategia de obtención de ingresos, desde sus comienzos, la organización “21 de septiembre” ha llevado adelante una lucha constante para protegerlos de los abusos del personal de seguridad. Así, se constituyó en protagonista de los conflictos y negociaciones en pos de encontrar soluciones a las problemáticas ambientales y sociales relativas al tratamiento de los residuos sólidos urbanos, aspecto central en el Área Reconquista.

En diferentes momentos de su trayectoria, esta organización desarrolló proyectos productivos. Inicialmente, se encararon pequeños emprendimientos, tales como construcción

⁶ Tanto el nombre de la organización social como de los emprendimientos son ficticios, para cumplir con la confidencialidad garantizada a nuestros entrevistados.

de hornos artesanales, carpintería, panadería y confección de ropa. Sin embargo, estas iniciativas no pudieron sostenerse en el tiempo, fundamentalmente a partir de problemas de escala y comercialización.

A partir de 2004, una parte importante de los esfuerzos de la organización estuvieron orientados a la concreción de un proyecto de “planta social” de selección y clasificación de residuos, emprendimiento que finalmente comenzó sus actividades en marzo de 2009⁷. Se trata de un tipo de empresa social que ha tenido fuerte desarrollo en la zona en los últimos años, impulsado por políticas nacionales y provinciales que, desde las áreas de Desarrollo Social y Medio Ambiente, han buscado atacar conjuntamente las aristas sociales y ecológicas del problema de la gestión de residuos sólidos urbanos en el Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA) (Cross y Freytes Frey, 2009). En efecto, la alta conflictividad social en torno a este problema y el número creciente de familias involucradas en la misma –particularmente durante la crisis económica de 2000-2002- llevaron al gobierno de la Provincia de Buenos Aires a buscar articular iniciativas de distintos actores (ONGs ambientalistas, movimientos sociales, organizaciones de “cartoneros”, municipios), planteando lo que llamaron una “gestión social” de los residuos, con la participación de estos actores diversos en la implementación de proyectos locales tendientes a la recuperación y el reciclado. Este tipo de iniciativas también contó con el apoyo técnico y financiero del gobierno nacional.

La planta “Eco-social”, gestionada por la organización “21 de septiembre”, se desarrolla en el marco de esta política⁸. En efecto, en el Área Reconquista, en la que se encuentra como hemos visto el principal relleno sanitario del AMBA, una línea central de “gestión social” de los residuos fue la instalación de “plantas sociales” para la selección y clasificación de los residuos, financiadas en cooperación con el Ministerio de Desarrollo Social nacional y construidas con el asesoramiento técnico del CEAMSE. El carácter “social”

⁷ En este periodo de 5 años, los dirigentes y miembros de la organización dedicaron arduos esfuerzos a la realización del proyecto, que incluyeron la movilización y reclutamiento de vecinos del Área Reconquista para participar del mismo, la negociación con diversos organismos del Estado nacional y provincial y con el CEAMSE, la búsqueda de asesoramiento y apoyo por parte de ONGs del desarrollo y ambientalistas, la constitución de una cooperativa que liderara el proyecto, la atención a problemas legales y administrativos, la gestión y monitoreo de la construcción de la planta y de su equipamiento y, finalmente, el reclutamiento y capacitación de los trabajadores de la planta.

⁸ En la actualidad, la planta emplea alrededor de 70 trabajadores, hombres y mujeres, de distintas edades y trayectorias laborales previas, en dos turnos.

de estas plantas reside en que su gestión está a cargo de organizaciones territoriales, o bien del municipio local, en contraposición con otras plantas de selección y clasificación, de propiedad de empresas privadas. Asimismo, un objetivo central de esta política es erradicar (o, al menos, disminuir) el ingreso clandestino al relleno sanitario, con todos los riesgos que conlleva para la población local.

Finalmente, en los dos últimos años –y en paralelo con la gestión de la planta “Eco-social”-, la organización ha liderado e impulsado la conformación de tres cooperativas para la ejecución de obras de infraestructura local en el marco del Programa “Ingreso Social con Trabajo”⁹. Cada una de estas cooperativas está conformada por 60 trabajadores aproximadamente y se encuentra abocada a la construcción de veredas y mejoramiento de las calles en los asentamientos del Área Reconquista.

Nuestra indagación se focaliza en los dos últimos tipos de emprendimientos mencionados: la planta “Eco-social” y las cooperativas del Plan “Argentina Trabaja”. Hemos realizado un trabajo de campo en profundidad en el primero de los emprendimientos, que abarcó talleres con los trabajadores, observación participante y entrevistas en profundidad a trabajadores jóvenes y adultos. En el segundo caso, hemos iniciado un trabajo de campo que incluye observación y entrevistas en profundidad a jóvenes. La discusión del presente artículo se basará centralmente en el caso de la planta social, pero intercalaremos algunas comparaciones preliminares con las experiencias de los jóvenes que trabajan en las cooperativas.

4. La organización social como intermediaria en la inserción laboral: las percepciones de los/as jóvenes.

Un aspecto importante a tener en cuenta es que estos emprendimientos no se desarrollan en el marco de políticas de empleo juvenil, sino de políticas sociales genéricas, orientadas a la generación de oportunidades laborales para aquellos grupos vulnerables, que presentan problemas de inserción en el mercado laboral formal. En este contexto, una de las

⁹ Este programa es una de las líneas de acción del Plan “Argentina Trabaja”, plan que encarna el “enfoque productivista” de las políticas sociales que hemos mencionado al comienzo.

características de estos emprendimientos es que en ellos conviven –no sin problemas- jóvenes y adultos.

En este marco, en el presente apartado vamos a analizar la relación que los jóvenes establecen con la organización “21 de septiembre” y, a través de ella, con las políticas públicas, a fin de explorar qué tipo de intermediación para la inserción laboral juvenil desarrolla esta organización.

Encontramos dos tipos de situaciones contrastantes: por un lado, jóvenes que conocían y tenían una relación previa con la organización comunitaria, a través de su trabajo barrial; por el otro, jóvenes que se acercaron a los emprendimientos en busca de empleo y perciben a los representantes de la organización que lideran los mismos como “empleadores” o “patrones”.

En el primer caso, varios/as jóvenes habían participado ellos/as mismos/as de la organización “21 de septiembre”, ya sea como integrantes de la misma o, más frecuentemente, involucrándose en algunas de las actividades barriales desarrolladas. En tal sentido, es preciso tener en cuenta que una de las líneas de trabajo de la organización social tenía por destinatarios a los jóvenes. A lo largo de la historia de la organización, se desarrollaron diferentes proyectos, en ocasiones acompañados de becas para los participantes: huertas comunitarias, talleres de fotografía, de cine y de discusión, una revista barrial. Varios de los/as jóvenes que trabajan en los emprendimientos productivos (tanto la planta de clasificación de residuos como los proyectos de infraestructura barrial) participaron de alguna o varias de estas iniciativas.

Dentro de este grupo, encontramos otros casos donde la vinculación con la organización no era personal, sino que estaba mediada por lo familiar: familiares de los jóvenes –en el sentido amplio de familia extendida, que incluye lazos de consanguinidad y de compadrazgo- tenían estrecha relación con la organización¹⁰, y son los que los/as vincularon para participar de los emprendimientos.

¹⁰ Esta relación va desde la participación activa –actual o pasada- en la organización, hasta ser beneficiario/a de distintas acciones llevadas adelante por la misma, generalmente orientadas a las familias: comedor comunitario, apoyo a la escolaridad, ropero comunitario. Por otra parte, esta organización gestionó planes sociales en el marco del Plan Jefes y Jefas de Hogar Desocupados/as, de modo que a menudo la participación tenía como contrapartida la obtención de ingresos.

Hemos agrupado estas dos situaciones porque en ambos casos se advierte que la organización comunitaria forma parte del capital social de estos/as jóvenes, directamente o a través de la familia. Sus relatos muestran que los líderes –fundamentalmente- y algunos miembros de la organización integran la red de relaciones que funciona como recurso a la hora de buscar empleo, pero también solucionar otras necesidades cotidianas (problemas de atención de la salud, de documentación, de asesoramiento legal, etc.). Por otra parte, hay una manifiesta continuidad entre el tipo de capital social que brinda la organización y la familia: el mismo opera a través de relaciones cara a cara, en las cuales predomina la familiaridad y el conocimiento mutuo. Como corolario de lo dicho, para estos/as jóvenes, es manifiesta la acción de intermediación que ejerce la organización para el acceso al trabajo (y también a otros recursos).

Esta situación contrasta con la otra que hemos señalado: varios/as jóvenes que trabajan particularmente en la planta social tienen escasa relación o incluso desconocen a la organización “21 de septiembre”. Llegaron al emprendimiento buscando empleo y, en esta línea, su vinculación con el mismo es como con cualquier otra actividad previa que han realizado para la obtención de ingresos. En el caso de la planta social, se advierte la existencia de un circuito de búsqueda de empleo en torno a la actividad: muchos han llegado a ella después de haber trabajado en otras plantas, privadas o sociales.

Esto tiene que ver con la alta rotación en estos empleos y con las condiciones de precariedad laboral que muchos presentan, como discutiremos en el próximo apartado, en el cual analizaremos la experiencia de los/as jóvenes en los emprendimientos.

5. La experiencia laboral de los/as jóvenes en los emprendimientos sociales productivos: ¿Continuidades o rupturas con las trayectorias anteriores?

Como vimos al comienzo de la ponencia, en los emprendimientos convergen experiencias laborales previas diversas. En tal sentido, para apreciar el significado de este nuevo trabajo en la trayectoria de los/as jóvenes resulta más significativo indagar sobre la experiencia inmediatamente anterior: en general, los/as jóvenes vienen de una situación de desempleo más o menos prolongada; de la recolección en la quema (a la que a veces se suma

el robo); de un trabajo previo en otra planta de selección y clasificación, o de una ausencia de experiencia en el trabajo extra-doméstico (en el caso de algunas jóvenes). En tal sentido, el trabajo en el emprendimiento es visto como una oportunidad.

Tiré currículum por todos lados... Iba a joder, a cargosear... Pasa que no, nadie te da laburo... sin estudio no hay laburo. Y después me enteré de esto y bueno... me acerqué... Porque si no estaría en la quema todavía... (Fabio, 20 años)

Yo andaba bardeando, andaba robando... Andaba haciendo un montón de cosas. (...) Y acá no me querían tomar porque yo no tenía documento... Pero Laura habló con Fabián y Roberto [dirigentes de la organización "21 de septiembre"] y... le preguntó por qué no lo pueden tomar... Y gracias a Beba... ahora estoy laburando acá... Ahora me estoy poniendo las pilas por mi señora... (Pepe, 20 años)

Éste es el primero [empleo con muchos compañeros]. Siempre trabajé de niñera. (Belén, 18 años)

Todos estos testimonios muestran que la posibilidad de trabajar y obtener ingresos que brindan los emprendimientos tiene un alto grado de importancia para los/as jóvenes, para desarrollar sus proyectos personales y familiares, en un contexto donde las alternativas son difíciles. Por otra parte, advertimos que el significado subjetivo de este trabajo para los/as jóvenes entrevistados/as está en línea con sus experiencias pasadas y los sentidos construidos en ellas. Para algunos jóvenes varones, significa la posibilidad de sostener o aportar a su familia sin tener que ir "a la quema". Para otros –que por sus antecedentes penales y su dificultad para sostener rutinas y respetar relaciones jerárquicas tienen muchos problemas para conseguir empleo–, está asociado a la posibilidad de "rescatarse" a través de un trabajo legal. Para los menos, la oportunidad de tener dinero para sus propios gastos y consumos juveniles.

Para algunas jóvenes mujeres, el emprendimiento representa una posibilidad de inserción en el mundo laboral y de salida del "encierro en lo doméstico". Asimismo, la posibilidad de "tener dinero propio" está asociada con una mayor independencia o, en otros casos, con la concreción de proyectos familiares. Estos dos últimos significados son los que prevalecen también entre las jóvenes con una trayectoria laboral previa más amplia, que además ven en este trabajo un medio para el sostenimiento de sus hijos/as.

Así, vemos que el empleo en los emprendimientos adquiere sentidos diversos en el marco de construcciones biográficas más amplias en las cuales, como hemos visto, el trabajo ocupa distintos lugares. Lo que queremos explorar en lo que resta de este apartado es en qué

medida el trabajo en un emprendimiento social como los estudiados está en continuidad con las experiencias previas, o bien introduce rupturas y nuevos significados.

Un primer aspecto a analizar tiene que ver con las *condiciones de contratación*. Advertimos que este tipo de empleo no sólo no supera sino que presenta una continuidad con la precarización que atraviesa toda la historia laboral de estos/as jóvenes. Los/as trabajadores/as, en efecto, no cuentan con ninguna cobertura social (sólo un seguro contra riesgos de trabajo), ni se hacen aportes jubilatorios. Por otra parte, en el caso de la planta social, a partir del sistema de cobro instaurado, las ausencias por enfermedad redundan en una disminución del salario (en tanto no son contabilizadas como días trabajados).

Como mencionamos anteriormente, esto no resulta problemático para la mayoría de los/as jóvenes entrevistados/as¹¹, dado que la precariedad está naturalizada entre ellos/as. Desde el punto de vista de nuestro análisis, en cambio, el aspecto a destacar es que este tipo de emprendimientos no pone en cuestión esta naturalización, sino que la mantiene.

En el caso de la planta, el trabajo es esforzado, particularmente en algunos puestos de trabajo que requieren fuerza física (la colocación de las bolsas de residuos desde la tolva que los eleva hacia la cinta sinfín donde se hace la selección; la distribución del descarte en un contenedor, para su posterior deshecho; el traslado de los bolsones o de los carros con los materiales seleccionados; el traslado de los fardos). Lo mismo puede decirse del trabajo en las cooperativas, que consiste en la construcción de veredas y otras actividades de mejoramiento barrial, al aire libre. Este aspecto es valorado por muchos jóvenes varones (pertenecientes al primer y tercer grupo de los analizados anteriormente), en tanto presenta una continuidad con el *habitus* construido a través de sus experiencia laborales previas, *habitus* que valora la fuerza, la resistencia, el movimiento, como aspectos de una corporalidad masculina. De esta manera, el trabajo en los emprendimientos permite movilizar el “capital corporal” que estos jóvenes valorizan como recurso.

En la misma línea, en el contexto de una organización del trabajo poco formalizada y de una escasez de saberes técnicos tanto en jefes como en trabajadores, algunos de ellos pueden desplegar “saberes-hacer” no formalizados, que son motivo de auto-valoración y

¹¹ Sólo uno de ellos mencionaba como un aspecto a mejorar la posibilidad de tener cobertura social y aportes jubilatorios.

refuerzan una imagen positiva de sí. Esta última no es, sin embargo, una vivencia generalizada.

No, yo hago de todo, estoy en la tolva... Cuando se rompe la máquina tengo que ver... por lo menos hoy se rompió la cinta que va la basura al roll-off... no tenían cómo arreglarla y fui y le saqué... lo que había que arreglar... Le puse el clavo, lo corté al clavo, lo doblé y con eso... Es temporario, pero pudimos seguir trabajando. Cuando se cortó la cinta, también, que se abrió... la arreglamos yo y otro muchacho que se llama Walter... (...) Pudimos seguir trabajando hasta que vengan los de Santa Fe. (Ricardo, 25 años)

En el caso de las mujeres, por el contrario, prefieren los trabajos que requieren menor desgaste físico, sin dejar de señalar el aburrimiento que provoca la monotonía de las tareas. En resumen, el trabajo en los emprendimientos no provee muchas posibilidades para el desarrollo de competencias que puedan ser demandadas en otros empleos, permitiendo a posteriori una mejor inserción en el mercado laboral.

Sin embargo, al considerar el carácter integral de las acciones desarrolladas por la organización “21 de septiembre”, aparece la posibilidad de lograr sinergias que mejoren las posibilidades de inserción laboral de los/as jóvenes, a través de una mejora en sus credenciales educativas. En efecto, uno de sus ejes de trabajo tiene que ver con la implementación en el barrio de programas para favorecer la finalización de la escuela secundaria básica y, posteriormente, de la escuela secundaria completa, a través del dictado de clases en el Centro Comunitario –avaladas y financiadas por el Ministerio de Educación de la Nación, por medio de su programa de Terminalidad Educativa-. En tal sentido, la organización impulsa la participación de los/as trabajadores/as de los emprendimientos (y muy particularmente, de los/as jóvenes) en estos programas. En general, son los/as jóvenes que tienen una relación de más larga data con la organización quienes se han incorporado a los mismos.

Por otra parte, en lo que hace al desarrollo de competencias que mejoren las posibilidades de acceso al empleo, en esta población son de fundamental importancia aspectos que hacen al “saber-ser” en el trabajo: la posibilidad de cumplir horarios, de mantener una disciplina laboral durante períodos prolongados, de sostener códigos de respeto en las interacciones jerárquicas y entre compañeros de trabajo. ¿Cómo se despliegan estas dimensiones en los emprendimientos?

En lo que respecta a cuestiones ligadas con la disciplina en el trabajo, se observa que en los emprendimientos hay un esfuerzo por hacer cumplir condiciones regulares de asistencia y puntualidad. Sobre estos aspectos se trabaja a menudo a través de talleres y charlas colectivas. No obstante, en el caso de las cooperativas de mejoramiento barrial, distintos aspectos de la organización del trabajo conspiran contra la adquisición de hábitos duraderos de regularidad en las tareas. Por un lado, la jornada es limitada (de 4 a 6 horas); por otro lado, son frecuentes las interrupciones de las tareas por mal tiempo, con lo cual el trabajo mantiene las condiciones de intermitencia e impredecibilidad de otras actividades informales.

Estas características no se dan en la planta social. No obstante, aquí también se observan frecuentes inasistencias, que intentan ser desterradas por los dirigentes a través de la concientización sobre sus efectos en la productividad (y, por ende, en el ingreso de cada trabajador), y también a través de sanciones (suspensiones y, en unos pocos casos, despidos). Sin embargo, al mismo tiempo, hay una actitud más contemplativa que en otros empleos más formales a la hora de considerar las inasistencias e impuntualidades.

Finalmente, la consideración de los códigos de interacción en el trabajo nos introduce a dos aspectos centrales: las *relaciones jerárquicas* y las *relaciones con otros/as compañeros/as*. En otro artículo nos hemos referido a las dificultades que conlleva la organización de la toma de decisiones en este tipo de emprendimientos sociales productivos (Freytes Frey, 2008). Tanto las “plantas sociales” como los emprendimientos del programa “Ingreso Social con Trabajo”, se plantearon idealmente como cooperativas de trabajo. No obstante, este tipo de gestión es muy difícil de implementar, debido a la heterogeneidad de los participantes, la alta rotación y al distinto tipo de involucramiento en el proyecto.

En lo que sigue, centraremos nuestra discusión en el caso de la planta “Eco-social”, que hemos estudiado en profundidad. En la actualidad, en nuestro trabajo de campo, estamos explorando estos mismos aspectos en las cooperativas del plan “Argentina Trabaja”. El proyecto de la planta, fue llevado adelante, a lo largo de los cinco años que demoró su concreción, por un grupo de dirigentes de la organización “21 de septiembre”, que invirtieron mucho tiempo y esfuerzo en el proceso¹². Entre los/as trabajadores/as de la planta, hay algunos miembros y allegados a la organización; otras personas que la conocían previamente,

¹² Ver nota 7.

por haber participado en alguna actividad o recibido algún beneficio y, como vimos en el caso de los/as jóvenes, otros que se acercaron a la planta buscando trabajo.

En este contexto, la organización “21 de septiembre”, como dueña de la planta, designó a algunos de sus dirigentes como “encargados” de la planta y a una de sus integrantes como “coordinadora” de la organización del trabajo cotidiano. Asimismo, a través de encuentros previos a la puesta en marcha del emprendimiento, validó participativamente un reglamento de trabajo. El problema es que, por la rotación, muchos de los trabajadores no intervinieron en este proceso. Aún así, una vez en funcionamiento, se realizaron talleres de discusión¹³ tendientes a lograr una dinámica participativa para el mejoramiento de los procesos de trabajo y la construcción de un espacio asambleario, apuntando a incorporar una dinámica más participativa de gestión. Este objetivo aparecía difícil de alcanzar, en tanto, como hemos visto, para muchos/as trabajadores/as (no sólo jóvenes, sino también adultos) esta propuesta era ajena a sus expectativas: ellos veían a planta como un empleo más y a sus dirigentes como “patrones”. El carácter “social” de la planta resultaba desdibujado para la mayoría de los trabajadores y, más particularmente, para los/as jóvenes. Por otra parte, en estos talleres se ponían en escena las divergencias dentro del colectivo de trabajo, percibiéndose líneas de diferenciación marcadas por edad y género. En tal sentido, muchos/as jóvenes (como así también mujeres mayores) tenían dificultad para involucrarse y tomar la palabra en las discusiones. Por el contrario, otros/as asumían el liderazgo y se transformaban en portavoces de su “generación”.

En la experiencia de los/as jóvenes, este esquema de gestión es percibido en forma ambivalente. Por un lado, se valora “el buen trato” que impera en la planta, en comparación con otros empleos previos, incluso en otras plantas sociales. Las jóvenes, sobre todo, valoran los espacios participativos como una posibilidad de conocerse mejor, superar susceptibilidades y llegar a acuerdos.

¹³ El equipo de investigación del CEIL-PIETTE del que participo colaboró con la organización “21 de septiembre” en el diseño y coordinación de estas instancias participativas, en distintos momentos del proceso de concreción del proyecto. Personalmente, participé activamente en los primeros talleres y, posteriormente, una vez puesta en marcha la planta, acompañé a la Dra. Cecilia Cross, quien llevó adelante estos talleres de discusión. La observación realizada durante los mismos fue un material importante en la realización de este artículo, complementando las entrevistas realizadas.

Ponele... para mí los talleres sirvió... porque es verdad... Ponele que yo, bueno, no tengo trato, no la paso a... Elisa. Pero por ahí, qué sé yo... coincidimos en algunas cosas... (...) Por ahí otros también tienen sus diferencias, pero a la hora de taller... saben que opinan igual... o algo así, qué sé yo. (Belén, 18 años)

En cambio, desde un horizonte de sentido (construido en las experiencias laborales y barriales previas) donde el poder se impone a través de la demostración de fuerza, algunos varones reclaman un ejercicio más firme de la autoridad. En particular, se rechaza la arbitrariedad en las decisiones tomadas por los “encargados”, cuando las afinidades personales y la mayor cercanía con la organización de algunos/as trabajadores/as da lugar a un trato preferencial o a mayores contemplaciones a la hora de hacer cumplir los horarios de trabajo, sancionar las inasistencias, respetar los ritmos.

En la otra planta me parece que estaban más organizados. Los encargados tenían más autoridad, le hacían más caso a los encargados... Sabían que lo tenían que hacer porque sino... Allá faltabas dos veces y te suspendían tres días. (Ricardo, 25 años)

Asimismo, aparece otro criterio de cuestionamiento de la autoridad de los encargados: su competencia para organizar eficientemente el trabajo en la planta. Este tipo de crítica surge generalmente de varones, sobre todo de aquellos que han tenido experiencias previas de trabajo en plantas de selección y clasificación y se ubican, por lo tanto, en un lugar de saber y de propuestas alternativas. Las mismas resultan legitimadas por un sistema de cobro basado en la productividad colectiva y por las discusiones en los talleres, que pusieron el eje en la mejora de los procesos.

De esta manera, se advierte que la coexistencia de principios diferentes de gestión (una gestión más vertical, basada en las decisiones de los “encargados”, por un lado, y una gestión más horizontal, que habilita espacios participativos de discusión) genera permanentes tensiones que a menudo dan lugar a conflictos abiertos y a un cuestionamiento de la autoridad.

Un último aspecto, estrechamente ligado al anterior, donde se advierte una mayor ruptura entre las experiencias laborales previas de los/a jóvenes y el trabajo en la planta, tiene que ver con las *relaciones entre compañeros de trabajo*. Mencionamos anteriormente que una característica extendida entre los/as jóvenes del Área Reconquista es una pérdida del sentido colectivo del trabajo, que tiene que ver con las condiciones en las que se han desarrollado las experiencias previas de trabajo: generalmente los/as jóvenes se han desempeñado en

actividades de comercio y servicio locales, o bien en la construcción, siempre en pequeños establecimientos o en emprendimientos informales por cuenta propia. Sólo algunos de ellos – una minoría- han tenido experiencia de empleo en fábricas, pero aún en tales casos el carácter temporario del trabajo (generalmente, unos pocos meses), ha conspirado contra la generación de vinculaciones fuertes en el trabajo y de sentimientos de solidaridad entre compañeros. En tal sentido, la “planta social”, con aproximadamente 40 trabajadores en un mismo turno, constituye para muchos una situación nueva. Más aún al incorporar un espacio de asamblea semanal.

En tal sentido, la planta aparece como un espacio de sociabilidad que es valorado por los jóvenes, particularmente porque la misma se organiza informalmente a partir de líneas generacionales y de género. En efecto, durante el tiempo libre (pausa de la mañana, tiempo del almuerzo), los/as trabajadores se agrupan espontáneamente en grupos para comer (*ranchar*). Y entre estos grupos, el más numeroso está constituido por jóvenes (varones y mujeres), que se juntan entre sí. No obstante, no hay un solo grupo de jóvenes, sino varios – que son dinámicos y variables-, prevaleciendo a veces separaciones de género y otros criterios de afinidad. Así, este tipo de relacionamiento entre compañeros ha dado lugar a solidaridades en el trabajo y a amistades que, en ocasiones, trascienden el ámbito laboral.

Sin embargo, se trata de un aspecto que también presenta sus contradicciones. En efecto, dado que todos los/as trabajadores/as provienen de barrios cercanos, las relaciones entre ellos están atravesadas por los códigos y modalidades de interacción barrial. Dentro de éstos, y muy particularmente entre los jóvenes varones (pero también entre algunas mujeres), sobresale el cuidado del honor o reputación individual, el cual se demuestra a través de la exhibición de la fuerza física y el coraje, en enfrentamientos cara a cara, cuando se percibe que dicho honor ha sido puesto en cuestión por otros. Por otra parte, la reputación y la imagen frente a otros/as se construye fundamentalmente a través de dichas demostraciones, como han señalado otros estudiosos de las culturas barriales en distintas latitudes (Lepoutre, 1997; Garriga Zucal, 2006), por lo cual las peleas no sólo no son evitadas, sino que más bien son buscadas, a través de una extrema susceptibilidad en las interacciones: cualquier mirada o palabra puede ser interpretada como una afrenta y dar lugar a una pelea.

Por otra parte, los enfrentamientos pueden tener amplias derivaciones a partir de las redes de relaciones de parentesco y amistad que unen a los/as trabajadores/as más allá de la “planta”: en efecto, entre los trabajadores encontramos progenitores e hijos/as, hermanos/as y otros grados de parentesco consanguíneo o por afinidad.

Así, las interacciones en la planta (no sólo entre pares, sino también jerárquicas) están atravesadas por un grado importante de conflictividad, que puede llegar incluso a los enfrentamientos físicos; conflictividad que está alimentada por la sociabilidad extra-laboral. Este es un aspecto que afecta la cotidianeidad del trabajo y la productividad, y que es mencionado recurrentemente por nuestros entrevistados, a menudo como algo negativo.

Hay mucho puterío... cada vez peor es. (...) Por ejemplo me junto con un grupito allá arriba de la cinta y escucho puterío; estoy acá abajo y escucho puterío. (Bruno, 18 años).

El día que me suspendió Nancy [“coordinadora” de la planta], discutí con Nancy y le quise pegar afuera, le dije de todo a ella. (Elisa, 25 años)

En tal sentido, una parte importante de la tarea de los “encargados” y “coordinadores” pasa por gestionar dicha conflictividad. Asimismo, los talleres tuvieron un papel central en la introducción de la expresión y el diálogo como forma de resolución del conflicto. De hecho, jóvenes que han trabajado en distintas plantas reconocen en ésta un menor nivel de enfrentamientos físicos y otras formas de dirimir las discusiones.

Retomando entonces la pregunta por la formación de competencias que hacen al “saber-ser” en el trabajo, encontramos que no hay una respuesta sencilla. Indudablemente, la planta presenta continuidades con los modos de interacción en el barrio que son rechazados en otros espacios laborales, como así también mayores contemplaciones a la hora de considerar las inasistencias e impuntualidades. Sin embargo, se va haciendo un proceso para modificar estos aspectos. En tal sentido, consideramos que la planta puede constituir un lugar de socialización en nuevos hábitos, más adecuados a los requerimientos del mercado laboral. Sin embargo, todo dependerá de qué modos de gestión prevalecen en el futuro y cómo se resuelven las tensiones cotidianas que hemos identificado.

6. Conclusiones:

El objetivo de esta ponencia fue analizar las relaciones que los/as jóvenes que participan en emprendimientos productivos del Área Reconquista establecen con la organización social que los gestiona, como intermediaria de las políticas públicas, y las experiencias laborales que desarrollan en ellos. Nos interesaba particularmente explorar en qué medida estas experiencias de trabajo presentaban una continuidad con sus trayectorias previas, o bien introducían cambios, favoreciendo mejores oportunidades de inserción laboral a futuro.

En la primera parte del trabajo hemos caracterizado estas trayectorias “de expulsión social”, marcando puntos comunes y también divergencias en los significados subjetivos que el trabajo tiene para jóvenes varones y mujeres del Área Reconquista. Es sobre esta base que comparamos la experiencia laboral en los emprendimientos sociales productivos.

Asimismo, hemos identificado dos modalidades en las relaciones que los jóvenes establecen con la organización comunitaria, como intermediaria para el acceso al empleo. Para algunos/as, ésta es vista como un empleador más, lo cual obstaculiza la posibilidad de acceder a otros beneficios de su acción territorial, como son los programas de terminalidad educativa, especialmente orientado a los/as jóvenes. Asimismo, este tipo de vinculación también conspira contra la construcción de dinámicas cooperativas de gestión de los emprendimientos, tal como son impulsadas por los proyectos estatales en el marco de los cuales se han desarrollado estos últimos.

Para otros/as jóvenes, en cambio, la organización comunitaria forma parte de su capital social, como red de relaciones que permite el acceso a recursos –y en este caso, particularmente, favorece el acceso al empleo-. En tal sentido, si consideramos que los modos de conseguir empleo de los/as jóvenes del Área Reconquista suelen restringirse a los contactos que ofrecen familiares y conocidos, la vinculación con la organización amplía el rango de relaciones con que los/as jóvenes pueden contar a la hora de sus búsquedas laborales.

Sin embargo, es preciso reflexionar acerca de qué tipo de capital social brindan las organizaciones territoriales. En la bibliografía sobre la temática, es habitual la distinción entre tres tipos: de nexo (bonding social capital), de vínculo (linking social capital) y de

aproximación o puente (bridging social capital)¹⁴. El primero remite a relaciones estrechas, personalizadas, con un alto nivel de compromiso y afectividad, como las que se dan en la familia o entre los amigos y allegados. El capital social de vínculo tiene que ver con relaciones relativamente estrechas, basadas en puntos de coincidencia adquiridos y en sentimientos de respeto y confianza, como las que se da entre compañeros de trabajo o entre miembros de una misma comunidad. Consideramos que en el caso de la organización barrial, nos estamos refiriendo más bien a este tipo de capital social.

Este difiere del capital social de aproximación, que se basa en relaciones asimétricas entre personas con interacciones sociales limitadas y a menudo diferencias importantes en términos de recursos. Ahora bien, se suele señalar que es este tipo de capital social el que brinda mayores posibilidades de ampliar las oportunidades, al “tender puentes” a otras realidades sociales (en particular, laborales) y acceso a nuevos recursos.

Si aplicamos estos conceptos al caso discutido, advertimos que la organización comunitaria posee “saberes-hacer” y contactos sociales que trascienden lo local, y eso les brinda capacidades y recursos para transformarse en intermediarias de las políticas sociales nacionales y provinciales, generando emprendimientos que brindan oportunidades laborales a los/as jóvenes y adultos de la zona. Pero, ¿de qué tipos de oportunidades se trata? Estos emprendimientos, ¿permiten experiencias laborales que rompan con la precariedad e inestabilidad que caracteriza las trayectorias laborales previas de estos/as jóvenes? O, al menos, ¿favorecen la adquisición de competencias y experiencias que sirvan de “puente” a mejores oportunidades de inserción laboral a futuro?

Este es el punto que hemos discutido en el último apartado de la ponencia. En tal sentido, consideramos por un lado que no hay que menospreciar la importancia que este tipo de emprendimientos tiene para jóvenes en situación de pobreza extrema. Para todos nuestros entrevistados, este trabajo significó la posibilidad de obtener ingresos para desarrollar sus proyectos personales y familiares, saliendo de situaciones de extremo riesgo y vulnerabilidad (desempleo prolongado, recolección irregular en el relleno sanitario, delitos contra la

¹⁴ Robison, Lindon, M. Siles, A.Schmid (2003). “El capital social y la reducción de la pobreza: hacia un paradigma maduro” en Raúl Atria & Marcelo Siles (compiladores) Capital social y reducción de la pobreza en América Latina y el Caribe: En busca de un nuevo paradigma, CEPAL–MSU, Santiago de Chile. Citado por Forni, Siles y Barreiro, 2004.

propiedad). En términos de género, se destaca las oportunidades que experimentan algunas jóvenes de salir del “encierro en lo doméstico”, la mayor independencia que brinda el “tener dinero propio” y, en el caso de madres sin pareja, la posibilidad de mantener a sus hijos/as.

Por el otro lado, sin embargo, al analizar con mayor profundidad las vivencias de los jóvenes en relación al trabajo cotidiano en la planta, advertimos elementos de marcada continuidad con las experiencias pasadas: fundamentalmente, la precariedad y la ausencia de beneficios sociales que constituyen prácticamente la norma en todos sus empleos. En tal sentido, este tipo de emprendimiento contribuye a mantener la naturalización de la precariedad y el desconocimiento de los derechos laborales que encontramos en los/as jóvenes del Área Reconquista.

Por otra parte, son empleos que demandan mayormente competencias relacionadas con el esfuerzo y el ejercicio de la fuerza física, aspectos que tienen que ver con el *habitus* desarrollado, particularmente por los varones, en empleos anteriores. Esto es apreciado por los jóvenes, en tanto implica una valorización del “capital corporal” que ellos poseen y valoran. Sin embargo, este tipo de trabajo conlleva, a mediano plazo, un desgaste de ese mismo capital y riesgos para la salud. A su vez, no provee muchas posibilidades para el desarrollo de competencias que puedan ser demandadas en otros empleos, permitiendo a posteriori una mejor inserción en el mercado laboral.

No obstante, a la par de estos elementos de continuidad, encontramos que otras características de estos emprendimientos, ligados al número de trabajadores y al carácter “social”, introducen novedades en la experiencia laboral de los jóvenes. En efecto, al analizar los significados asociados al trabajo en los/as jóvenes de los asentamientos, mencionábamos una pérdida generalizada del sentido colectivo del trabajo, vinculada, entre otras cosas, a una trayectoria jalonada por trabajos inestables y temporarios, por cuenta propia, en el propio hogar o en pequeños establecimientos comerciales. La experiencia de los emprendimientos, que agrupan más de 50 trabajadores, constituye algo nuevo.

Tal novedad presenta, sin embargo, ambivalencias. El mismo individualismo hecho *habitus*, así como la prevalencia en las relaciones jerárquicas y entre compañeros de códigos y modalidades barriales de interacción, generan episodios de gran conflictividad. Sin embargo, en la planta, la problematización de estos episodios en instancias de discusión colectiva abrió

la posibilidad de buscar modos alternativos de expresión y canalización de los enfrentamientos. Esto también permitió tejer nuevas solidaridades entre los/as trabajadores. Advertimos entonces que la introducción de dinámicas participativas en la gestión del emprendimiento tiene el potencial de cuestionar modos instalados de relacionamiento en el trabajo, que a menudo conspiran contra la continuidad laboral de muchos/as jóvenes. No obstante, este es un proceso complejo y no exento de ambigüedades, que no siempre es posible llevar a la práctica.

Desde el punto de vista de las políticas sociales, consideramos que nuestras conclusiones muestran los límites de un modelo de intervención basado únicamente en el impulso de emprendimientos sociales productivos. Sostenemos que para poder romper el círculo vicioso de empleos inestables y precarizados que reproducen la pobreza entre los/as jóvenes es necesario actuar en varios frentes, complementando la generación de nuevas oportunidades de empleo con propuestas de formación orientadas a desarrollar competencias personales y sociales (“saber-ser”) y competencias técnicas (saberes y “saber-hacer” específicos) que tiendan puentes hacia el empleo de calidad. Al mismo tiempo, este tipo de capacitación deber articularse con iniciativas para la finalización de la escuela secundaria, como credencial demandada por el mercado laboral formal.

Bibliografía:

- Cross, Cecilia y Freytes Frey, Ada (2009) "The Social and Ecological Dimensions of a Decentralisation Process: Participation by Social Movements in the Sustainable Management of Urban Solid Waste in Buenos Aires", en Geiser, Urs, Rist, Stephan (editors). *Decentralisation Meets Local Complexity: Local Struggles, State Decentralisation and Access to Natural Resources in South Asia and Latin America*. Perspectives of the Swiss National Centre of Competence in Research (NCCR) North-South, University of Berne, Volume 4, Geographica Bernensia, Berna.
- Díaz, Ximena, Godoy, Lorena y Stecher, Antonio (2005), *Significados del trabajo, identidad y ciudadanía. La experiencia de hombres y mujeres en un mercado laboral flexible*, Centro de Estudios de la Mujer, Santiago de Chile.

- Fonseca, Claudia (1987), “Aliados e rivais na familia: o conflito entre consangüíneos e afins em uma villa portoalegrense”, *Revista Brasileira de Ciências Sociais* - Nº 4, Associação Nacional de Pós-Graduação e Pesquisa em Ciências Sociais.
- Forni, Pablo, Siles, Marcelo y Barreiro, Lucrecia (2004), *¿Qué es el capital social y cómo analizarlo en contextos de exclusión social y pobreza? Estudios de Caso en Buenos Aires, Argentina*, Julian Samora Research Institute, Michigan State University, East Lansing.
- Freytes Frey, Ada Cora (2008) "Emprendimientos autogestivos como política frente al desempleo: experiencias, dificultades y desafíos en los movimientos piqueteros del conurbano bonaerense ", en Alvaro Soto (editor). *Flexibilidad laboral y subjetividades: hacia una comprensión psicosocial del empleo contemporáneo*, LOM Ediciones – Universidad Alberto Hurtado, Santiago de Chile.
- Garriga Zucal, José (2006), “‘Soy Macho porque me la aguanto’. Etnografía de las prácticas violentas y la conformación de identidades de género masculino”, en Alabarces, Pablo y otros, *Hinchadas*, Prometeo Libros, Buenos Aires.
- Kessler, Gabriel (2004), *Sociología del delito amateur*, Paidós, Buenos Aires.
- Lepoutre, David (2001), *Coeur de Banlieue. Codes, rites et langages*, Éditions Odile Jacob, Paris.
- Longo, María Eugenia (2006), "Trayectorias laborales de jóvenes: algunas implicancias de las nuevas modalidades de socialización en el trabajo", en Ximena Díaz, Lorena Godoy, Antonio Stecher y Juan Pablo Toro (coords.), *Trabajo, Identidad y Vínculo Social. Reflexiones y experiencias en el capitalismo flexible*, Centro de Estudios de la Mujer – Universidad Diego Portales, Santiago de Chile.
- Mauger, Gerard (2006), *Les bandes, le milieu et la bohème populaire. Études de sociologie de la déviance des jeunes des classes populaires (1975-2005)*, Éditions Belin, Paris.
- Nicole- Drancourt, Chantal (1994), "Mesurer l’insertion professionnelle", *Revue française de sociologie*, XXXV, Paris, pp. 37-68.
- Svampa, Maristella (2000), “Identidades astilladas. De la patria metalúrgica al heavy metal”, en Maristella Svampa (Ed.), *Desde abajo. La transformación de las identidades sociales*, Universidad Nacional de Gral. Sarmiento – Editorial Biblos, Buenos Aires.